

Javier Águila

La oportunidad de Dan



la tempestad | ficción

LA OPORTUNIDAD DE DAN

Primera edición: julio de 2010

© Javier Águila

© de esta edición: Ediciones de La Tempestad SL, 2010

© foto cubierta: Sergii Shpak - Fotolia

Ediciones La Tempestad®

c/ Pujades, 6 - Local 2

08005 Barcelona

Tel: 932 250 439

Fax: 932 212 641

E-mail: info@llibresindex.com

www.edicionestempestad.com

ISBN: 978-84-7948-110-0

D.L.: B-31.543-210

Impreso en la Unión Europea

160 pág.

PVP: 15€

Bajo las sanciones establecidas por la legislación, están rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra mediante cualquier procedimiento mecánico o electrónico, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

I. Wen, mi sueño	7
II. De vuelta a la realidad	15
III. Una noche más, juntos	20
IV. Yo también estuve tentado	22
V. Hasta luego, hasta tarde	28
VI. Su despiste	30
VII. Profecía de autocumplimiento. Un año	35
VIII. Doctor Heartbreak	43
IX. Aire fresco	50
X. Una sorpresa agridulce	54
XI. Algo que aclarar	60
XII. Reencuentro	72
XIII. Apostar o no apostar, esa es la cuestión	80
XIV. Yo, nunca, nunca...	84
XV. Mi sueño americano	92
XVI. Once upon a time...	103
XVII. Cantata improvisada en Aspen	113
XVIII. Nuestro secreto	125
XIX. Demasiado pronto	131
XX. Un viaje de ida	136
XXI. Luis	142
XXII. Tú lo decidiste	149
XXIII. Nueva oportunidad	154
Agradecimientos	158

I. Wen, mi sueño

ABURRIDO, HARTO DE esperar, tras intentar por segunda vez apaciguar mi deseo en los baños públicos de un cercano centro comercial, apareció con la camiseta destartalada y una fulminante sonrisa que atravesó por completo la poca inocencia que debía quedarme por aquel entonces.

Era el cuarto día que quedábamos. Como siempre, en el centro de nuestra transitada ciudad, aparentemente progre y moderna.

—Una piruleta —dijo.

—¿Cómo? —Me sentía estúpido ante su mirada incondicional de ángel.

—Que de camino te compré una piruleta. —Como si nada ocurriera, como si mi cara de *me alegra verte pero llegas tarde* no existiera.

—Jo... ¡Gracias! —Y como un niño, al que hipnotizan con un caramelo, se me pasó todo el enfado. En realidad con tan sólo verle ya me parecía absurdo haberme impacientado. Me sentía afortunado al pensar que me estaba dedicando mucho más tiempo del que nunca hubiese esperado; pensaba que nadie que al menos le conociera lo más mínimo podría cabrearse con él. En cualquier caso, debiera ver qué ocurría con mis permisos de ser algo impuntual de vez en cuando.

—¿Qué te apetece hacer? —Había preguntado sin más dilación. Si él supiera, si él tan sólo imaginara, si al menos se percatase que mientras rozaba con mi jugosa lengua ese caramelo rojo me parecía estar acariciando sus labios... si sólo dijera *dame un beso*. Si fuese eso, entonces le habría hecho saber qué me apetecía, habría

podido entender tácitamente cómo mi alma se expandía cuando me miraba.

—Pueees... no sé, tú dirás —y me pareció absurdo, pero realmente no hallé más palabras que esas.

—Está bien. Pueees... —y rió. Parecía una conversación de besugos, pero me parecía maravillosa. Tal vez sobraban las palabras. Tal vez me podría haber abalanzado sobre él, como la nieve sobre la montaña, para sujetarle con mis brazos, tan fuerte, que le hubieran dicho “no te marches jamás de mi vida”. Le podría haber removido el pelo con mis temblorosas manos, las mismas en las que la quimancia podría haber leído sobre ella historias medio cicatrizadas de antiguas historias. Sí, hubiese tenido lugar todo eso, de no haber sido un imperativo condicional, sujeto a su deseo, la manera amistosa suya de entender nuestra relación.

Era de noche, y extrañamente, el cielo parecía que estaba repleto de luciérnagas, concomitantes lucecitas que albergaban sueños difíciles de realizar, secretos imposibles de dar a conocer y deseos que seguirían siéndolo por miedo a materializarlos.

—Quiero que me enseñes algún lugar que para ti sea mágico, especial... —y el estrepitoso silencio que había marcado tras esa última conjugación de letras tocó la fibra sensible de mi convicción romántica de la vida.

—Haber empezado por ahí —le repliqué con una sonrisa. Esa frase suya fue todo un *touché*. No quisiera decir desconsiderado, pero quizá para el tiempo que hacía que salíamos como amigos, y no como compañeros de facultad, sí algo precipitado, tanto quizás, como la manera en la que surgían mis emociones al escuchar su voz.

...

Con su coche realizamos el trayecto, escuchando una de esas recopilaciones de canciones empachosas que si bien a mí me encantaban, acechaban el compromiso de mantener el silencio de mis pensamientos hacia él.

Conducía algo alocadamente, aspecto imprudente que yo detestaba... aunque admito que me aceleraba, me ayudaba a romper el sentimiento monótono de ir por la autopista.

Durante el camino estuvimos hablando mucho y de *casi* todo.

—Y... ¿Cómo te gustan las chicas? —acertó a preguntar.

—¿Chicas? Sí, claro, ¡las chicas! —exclamé sin mucho entusiasmo. A mí me gustaba él... sus gestos, sus recuerdos, su *savoir-faire*... ¡No sé! Todo él me atraía como un potente imán, todo él encadenaba mis pensamientos y hacía latir con más fuerza mi corazón. Y ahora me preguntaba que cómo me gustaban las personas de nuestro sexo opuesto, cuando en realidad nunca había sentido atracción sexual hacia ellas, cuando en realidad lo que deseaba era estar abrazado junto a un chico como él, en una cómoda cama, y darle un beso de buenos días cada mañana.

—Sí, las chicas... —y me miró extrañado.

—Pueees... —No supe qué decir.

—¿Altas o bajas? —y ahí empezó el cuestionario.

—Y... pueees... de altura... —vacilé por unos momentos. Quise decirle que mi deseo sexual se sentía atraído por hombres como él, quise decirle tantas cosas... tantas... que al final me interrumpió.

—Tío, ya sé que pueden ser complicadas peeeeroo... —No ayudaba mucho, la verdad.

—Me gustan de altura más o menos como tú —patiné.

—¿Y el pelo? ¿Los ojos? —se aseguró de seguir preguntando. Quizá tendría miedo de que yo fuese quien lo hiciera.

—De castaño claro, tirando a rubio. El color de ojos... azules, a... —y no sé por qué volví a patinar. Había algo en él que regalaba encanto y quizá por ello era bastante imposible reprimir tanto deseo. Enrojecí.

—Parece que te da vergüenza hablar de estos temas, ¿no? —intentó averiguar.

—Bueno, sí, no sé... Quiero decir... que el físico es importante pero el enganche es la personalidad, ¿no? —titubeé.

—Depende, ¿no? En realidad depende de lo que tú quieras compartir con esa persona... si sexo y más sexo, una velada romántica, el resto de tu vida con alguien que te ame...

—Sí, supongo. —y me sentía hacerme pequeño a su lado—. ¿Cómo sería pasar una noche de sexo desenfrenado con él? ¿Como

una vida entera? Al menos... ¿Cómo sería cuidar de cada detalle por el tiempo que decidiéramos pasar juntos? Me sentía triste, era penoso ver que jamás sucedería.

—¿Cómo ha sido tu mejor polvo? —y sonrió, antes de reír, antes de ver mi cara de sorpresa.

—Pues ha sido el mejor, el mejor que puedas imaginar tú. Aunque creo que no el mejor que pueda ser... —Notaba que algo se estremecía entre mis piernas, algo que tomaba un tamaño incómodo para mis pantalones apretados.

—¿Falta mucho para llegar? —Disimuló haberme visto el paquete inflado.

—No. Gira a la derecha y ya habremos llegado. —Me gustó el oportunismo.

...

Después de aparcar nos acomodamos en la recóndita cala donde solía ir en mis momentos de melancolía, donde solía encontrar respuesta a mis dudas, a casi todas, en un momento u otro. Allí, donde mis lágrimas se hubieron confundido con el mar en algunas ocasiones y donde un grito reprimido le pidió con rabia a un velero lejano que se llevara mi soledad. Lo había conseguido.

—Eres un romántico empedernido... —y me pasó el brazo por encima del hombro. No aguantaría mucho ese peso, me hervía la sangre.

—¿Y qué puedo hacer? —Le concedí el beneficio de la duda.

—Seguir siéndolo. A mí me gusta. Quiero decir, que a mí me gusta el romanticismo en las personas... —e intentó reparar. O no. Quería pensar que reparaba, quería pensar que no me lo estaba diciendo a mí, porque me servía detestarme y pensar que de haber sido una persona andante con falda corta o pantalones afeminados, quizá la situación no sería la misma.

—Ya, pero a veces por muy romántico que sea uno...

—Quiérete como eres, acéptate tal cuál... A quien no le guste, dos piedras.

—¿Lo dices por algo?

—Bueno, todo lo que se dice, se dice por algo, ¿no?

—Pueees...

—Pueees eso. ¿Nos sentamos en las rocas? —y rehuendo a una respuesta que podría haber concluido en tener que asumir algo demasiado comprometido, ofreciéndome una evitativa que no calmaba mi curiosidad, pero que me ofrecía sentarme junto a él, accedí.

•••

En ese momento, a finales de verano, pese a que el sol ya dormía su cuerpo y estaba tapado por un mantón negro con una sonrisa ladeada, era mucho el calor que atosigaba a nuestros cuerpos.

Se quitó la camiseta. Recuerdo su torso perfectamente. No es que estuviese exageradamente marcado pero sus clases de natación no se las quitaba nadie. Tenía cuatro pelusillas mal contadas. Le brillaban los ojos con el claro de luna. Sus labios carnosos pedían a gritos un beso. Su tersa piel aclamaba mis caricias. Pero no podía ser, no era el momento de cagarla.

—¿No tienes calor? —preguntó.

—¡Ah, sí! Me la voy a quitar yo también... —Aunque me sentía ridículo.

—No te iría mal un poco de ejercicio. ¿Qué tal un poco de natación? Ya me aburre ir solo... —Sonaba egoísta pero de haberme negado ese placer, el de aceptar acompañarle al gimnasio y, de paso, cuidarme algo más, me hubiese sentido idiota.

—Sí, lo estaba pensando. —mentí despiadadamente, y supe al instante que él lo sabía. Reímos.

—Sí, porque estos musculitos... no atraen mucho a las chicas, ¿verdad? —y me golpeó los pectorales con su sedosa mano, y me atravesó el alma con las últimas palabras. Me excité—. Parece que tienes un problema con la talla de ese pantalón, ¿no? —El muy listo sabía como dejarme sin palabras.

—¡No! El pantalón tiene un problema conmigo. —conseguí decir al cabo de un rato, casi en un susurro, mientras por casualidad había logrado hacerle una pícaro burla, sacando la lengua e intentando restarle importancia al asunto.

—¡Ya! ¡Eso no te lo crees ni tú!

•••

Y justo ahí, justo en ese momento, se congeló el tiempo. Mientras nuestras miradas se correspondían, quizá por primera vez. Y no pude contener la suya mucho rato. Y agaché la cabeza levemente, lo necesario como para que no pudiera vez que deseaba hacer de ése un momento eterno. Sentí nuevamente el irresistible impulso de mirarlo, de verlo... Y lo hice. Y me quedé inmóvil. Y noté que los pocos centímetros existentes entre nuestros labios menguaban... y pestañeó... y empecé a sentir su respiración más agitada.

—Chicas... ya... lo mismo que me gustan a mí —y finiquitando ese susurro, empezó a untar la miel de sus labios en los míos, derriéndola con el calor de nuestros cuerpos enlazados en un abrazo que no quisimos robarle al momento.

•••

No entendía qué estaba pasando. Ambos queríamos un amigo. Estudiábamos juntos y nos llevábamos bien. Sólo era eso. Sí, un día habíamos decidido quedar para tomar algo fuera de la facultad, pero nada más. Era la cuarta vez.

Mi camiseta voló definitivamente por los aires. Sudaba. Hacía verdaderamente mucho calor en esa noche de septiembre. Bajamos a la arena. Estaba húmeda, pero nuestros cuerpos agradecían la comodidad.

Empezó a besarme el cuello, a lamerme los pezones, a besarme los pectorales, a mordisquearme la intranquilidad acumulada por toda la tarde. No pude aguantar mucho esa sensación. Lo asalté. Me tiré sobre él, empujando mis deseos contra su entrepierna, que ahora se sentía dura, exigente.

Lo besaba incesantemente allí por donde podía, le lamí todos y cada una de las dunas de su abdomen y le mordí unos de sus pezones con tanta rabia por la espera que, tras un ¡ay! suyo, le susurré un perdón que no frenó mi impulso.

Mientras jugábamos, con nuestras lenguas, le desabroché los botones de su ajustado pantalón. Entonces introduce la mano bajo su bóxer y allí estaba, mi deseada piruleta, caramelo que poco después de abrir con mi ahora decidida mano, lamería con ostentoso placer.

Piruleta que lograba alcanzar el alféizar de mi garganta y que sin titubear golpeaba mi interior de la boca con un mecánico vaivén. Ahora sus manos descansaban sobre mi cabeza, ahora la sujetaban marcando un intenso ritmo.

•••

Gemía, sin reprimirse. Lograba disipar con ese sonido cualquier duda que pudiera albergar mi corazón respecto a su orientación, a su anhelo de ser seducido por un chico... tal vez como yo.

Lo presentía, le faltaba muy poco para sucumbir y hacerme beber lo que de momento no me apetecía. Paré de succionarle esa zona proveedora de placer. Deseaba que fuera equitativo y me bajé los pantalones, y acaricié sus labios con la punta del glande. No quiso esperar más.

Sus ojos me decían que ahora todo sería distinto, que tal vez nunca debiera haber ocurrido lo que estaba sucediendo, pero que ahora caminaríamos por un lugar en el cual ya no había marcha atrás. Yo lo sabía.

—Sigue, por favor... —Palabras ardientes que intentaban bordear con algo de cariño ese momento tan impulsivo, como irracional.

—¡Qué! ¿Te gusta, eh? —y meneándomela con la mano me incitaba aún más con el sonido de sus palabras.

Y entonces se la cogí yo. El relleno estaba cerca, ya no quedaba mucho más que lamer antes de regalarnos algo más cremoso. Lo sabíamos. No queríamos ir más allá en nuestra primera vez juntos. Y sucedió. Era maravilloso ver su cuerpo impregnado de lo que horas antes se había ido cultivando en mi interior. Era increíble, y nunca mejor dicho, que yo pudiera volverlo a besar tras que él acabara con su erección, llenando mis ridículos pectorales con su semen.

•••

Y no sé, pero tras quedarnos perplejos con un abrazo esperado después de eyacular, y creo que en tono de burla, me volvió a preguntar.

—¿Qué te apetece hacer... conmigo?

—Pueees... —reímos. Una melodía que trajo el inicio de la felicidad a mi vida.

—¿Entonces? ¿Un rato, una noche, o la duda del tiempo acompañada de un beso cada mañana mientras así lo decidamos? —y volvió a regalarme un dulce beso.

—Creo que por mí va a ser eso último... —y esta vez sí que le removí el pelo.

—Está bien así... —se miró el reloj. Era verdaderamente tarde y una maravillosa noche de domingo.

•••

Volvimos al coche y escuchamos las mismas canciones de antes, aunque las letras ya no me decían lo mismo. Me acompañó hasta el portal de casa, sabiendo que nos veríamos en pocas horas, en la facultad, dando la bienvenida al nuevo curso académico que empezaba.

Sin embargo, antes de girarme, para subir a mi casa, nos besamos como si una eternidad se empeñara a hacer mella hasta el reencuentro.

LA OPORTUNIDAD DE DAN

Primera edición: julio de 2010

© Javier Águila

© de esta edición: Ediciones de La Tempestad SL, 2010

© foto cubierta: Sergii Shpak - Fotolia

Ediciones La Tempestad®

c/ Pujades, 6 - Local 2

08005 Barcelona

Tel: 932 250 439

Fax: 932 212 641

E-mail: info@llibresindex.com

www.edicionestempestad.com

ISBN: 978-84-7948-110-0

www.laoportunidaddedan.com